

PARADOJAS DE NEGRO

Los originales artículos de Dalmacio

Negro, sobre la declinación del Estado y la ubicación política de los aspirantes a ocuparlo, no son fáciles de comprender, pese a su clara dicción, para los que no conocen, por sus libros o su palabra, las ideas matrices de su fuerte pensamiento. Este es el tributo que todos los serios intelectuales han de pagar por escribir para muchos lectores, en poco espacio, sus reflexiones sobre materias que serían propias de un ensayo. La norma periodística de limitar cada columna a «un sólo aspecto de una sola idea», excelente en artículos literarios y sociológicos, propagadores o críticos de costumbres y opiniones establecidas, no viene como un guiante para ideas nuevas, o poco conocidas, a no ser que se metan ahí como rosario de aforismos. Aparte de que el género aforístico es una necesidad expresiva que no obedece a la pequeñez del espacio que ocupa sino a la grandeza del sentimiento que lo redondea, el discurso lógico sólo alumbra los conceptos racionales que elucida, a diferencia de lo que pasa con las creaciones de la imaginación y del pensamiento intuitivo, si logra separarlos, con distinción, de las ideas afines con las que vulgarmente se confunden.

Es natural, por ello, que la argumentación de Dalmacio Negro, en su provocador artículo «Reivindicación de la derecha» (LA RAZÓN, 5/10/99), al estar basado en observaciones contrarias a las que parecen deducirse de la evidencia histórica, corra el riesgo de la incomprensión, no por «sonar a fascismo o algo por el estilo», como él dice preventivamente, sino a causa del comprimido espacio donde se entrecruzan los supuestos ideológicos de sus rotundas afirmaciones. Sin ventilarlo, atosigan su puro aire liberal. Los ideales morales y las ideas políticas no nacen de la lógica de la razón. Son concreciones más o menos estables de la coherencia de sentimientos divergentes o incluso opuestos. Esa raíz emotiva hace sospechosas las causas racionales que se exponen para fundar en la lógica el origen, o el cambio, de las opiniones políticas. Suspendo, pues, mi juicio sobre la idea de reivindicar la derecha hasta que su autor aclare los perfiles de tan insólita paradoja. La lógica sirve, no obstante, para que la causa de un sentimiento superior, como el democrático, denuncie el fraude de las razones alegadas en su nombre a fin de sostener la validez general de un sentimiento inferior y particular, como el oligárquico. Lo que no es el caso de Dalmacio Negro, pero sí el de quienes dicen con ignorancia o mala fe que la Monarquía de partidos es democracia.

Paradojas del artículo de Negro: 1. «Mientras exista el Estado tan necesaria es la derecha como la izquierda». ¿No existió el Estado franquista sin izquierda, y el soviético sin derecha? 2. «Únicamente una impensable derecha puede desear la desaparición de la izquierda». ¿No procuró la desaparición de la izquierda la



derecha española y la argentina durante la dictadura militar? ¿Acaso no eran entonces de derecha la Iglesia, la Banca, Fraga, Suárez o Calvo Sotelo? 3. «El totalitarismo sólo puede ser de izquierda».

De acuerdo, si significa que no hay totalitarismo donde hay propiedad privada y contrato. Y que no lo hubo como precedente en el terror jacobino, ni como realidad social en el terror nazi o fascista. 4. «La derecha y la izquierda políticas tienen, pues, un origen revolucionario común». ¿No fue, pues, contrarrevolucionaria la derecha política de la Restauración? 5. «Centro, Derecha e Izquierda son categorías ontológicas del modo de percibir y representar la realidad». Si afirma que el centro es el Estado, al que la derecha y la izquierda «quieren dominar para imponerle su respectiva orientación», ¿cómo puede ser que lo orientable tenga la misma esencia que lo orientador? ¿No es el centro una mera hipocresía? 6. ¿Por qué ha de reivindicarse la derecha cuando la izquierda parece extinguida con el siglo?

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ALMUNIA QUIERE GANAR

El espía J. B. ha penetrado en los arcanos de Gobelias y ha descubierto al Comité de Campaña socialista trabajando a destajo. Los que mandan son, por este orden, Eguigaray, Pérez Rubalcaba y Ciscar—relegado a la «cocina» después de los sucesos de Valencia—. El «cerebro» de la campaña es José Enrique Serrano—«mano derecha» del candidato—y quien físicamente está más próximo al secretario general. En el sanedrín socialista cunde un cierto desánimo estos días porque el último sondeo encargado por el PSOE coincide, décima arriba, décima abajo, con los datos oficiales del CIS, que fija una diferencia de más de 5 puntos del PP sobre el PSOE. En numerosos cenácu-

los socialistas, a los que incomprensiblemente es invitado el espía J. B., se repite esta pregunta: ¿Quiere Almunia ganar las próximas elecciones generales? Es una pregunta cuya respuesta parece obvia, pero la sombra de Felipe González sigue siendo alargada, y una de las claves que más desconcierta a los dirigentes socialistas de las distintas federaciones es el papel que está jugando el Grupo Prisa—gran aliado mediático del PSOE en otro tiempo—en esta precampaña, dejando en entredicho al candidato oficial mientras exalta la «simpatía locura» de un González disparatado, pero dueño de la situación.

Juan BRAVO



EL SECUESTRO DE LA DEMOCRACIA

La tradición filosófica nos ha transmitido la imagen de Diógenes con un candil en la mano, a plena luz del día, y explicando a los perplejos ciudadanos de la polis que buscaba algo al parecer bastante difícil de encontrar, a pesar de las apariencias, a saber un hombre, un ser humano, un verdadero hombre, pues los que tal nombre llevan no son merecedores de él. Hoy, si Diógenes resucitara y del terreno antropológico transitara al de las formas políticas, podría emprender aventura parecida buscando, linterna en mano, una entidad tan aparentemente extendida y proclamada como, en realidad inexistente: la democracia. Pero, podrá preguntarse algún ingenuo ¿no estamos orgullosos de vivir en los países desarrollados, y en gran parte del planeta, en plena democracia? Y ¿no tratamos de extender este privilegiado sistema político a todo el orbe? Tal cosa se afirma cotidianamente, la verdad empero, es muy otra. Tras haber resistido el duro embate de los fascismos y haber triunfado frente a él, en nuestros días la democracia se desvanece en el mundo por obra de quienes precisamente se proclaman como sus oficiales. Examinemos la realidad. En el orden internacional, los tímidos esfuerzos por establecer una organización democrática, pri-



mero con la sociedad de las Naciones, después con las Naciones Unidas han recibido un último y duro hachazo, al proclamar la OTAN, en su nuevo Concepto Estratégico, su voluntad de intervenir militarmente, siempre que lo juzgue

conveniente, aún sin mandato de la ONU, en la amplia zona de intereses que se arroja, la cual se puede suponer indefinidamente extensible dado su soberano arbitrio. Y por convertir su decisión en sarcástica burla, invocando la necesidad de defender la democracia como justificación de sus futuras acciones.

En el interior de los Estados que se autoconsideran democráticos, al cumplir las apariencias formales de la democracia, los Partidos mayoritarios, abandonando los contradictorios intereses e ideologías que los originaron y desdibujando su identidad, se disputan el llamado centro, buscando desesperadamente el acceso al poder. Un poder bien restringido, pues, una vez obtenido, se reducirá en sus decisiones más fundamentales, a la gestión de los dictados dimanados de los grandes centros económicos, como el Banco Mundial y en nuestro futuro el Banco Central Europeo, así como del Pentágono. Al mismo tiempo, los procesos electorales se convierten en operaciones de mercado, tratando de atraer los votos ciudadanos con las técnicas propias de la publicidad comercial, que implican cuantiosísimos gastos hipotecadores de la necesaria independencia e introductores de intereses subterficios.

Si nuestro redivivo Diógenes visitara las mansiones de Blair o Schröder, o de los verdes, o de Felipe González, la pretendida «casa común de la izquierda», de que se habló, quedaría asombrado al percatarse de que todo el histórico mobiliario ha desaparecido. Y, si auscultara la vida interior de tales moradas, se encontraría con que, por más que se haga gala de funcionamiento democrático, la realidad es que el aparato, dirigido por mediocres líderes, auto-satisfechos de su promoción, narcisísticamente encantados en la contemplación de su maquiellada y fabricada imagen, ahoga cualquier intento de las bases que trate de orientar la vida del Partido. En la cual, al par que se centrifuga a los más honestos e inteligentes, ascienden los sumisos, repitiendo monótonamente y aburridamente las consignas que se les imponen. A la postre se forma una clase política, profesionalizada, cuando el hacer político debería ser oficio de todos los ciudadanos y ciudadanas. Una clase en que, definitivamente, bajo sus denuestos y divergencias, se abrazan sus representantes en el regocijo de su promoción.

La democracia ha constituido, desde la descomposición del «antiguo régimen», el anhelo y la esperanza de las clases populares, de los pueblos colonizados, de las mujeres, aspirando a crear una sociedad justa e igualitaria. Ha sido una larga lucha la que ha producido sus avances. Pero en ella no sólo tuvo que enfrentar la violencia autoritaria de las dictaduras, hoy debe encarar los aludidos procesos de descomposición interna y falsificación en que se pudre. Y aquí se nos abre un urgente horizonte de reflexión y de acción, en que invito al lector a que me acompañe.

Carlos PARÍS